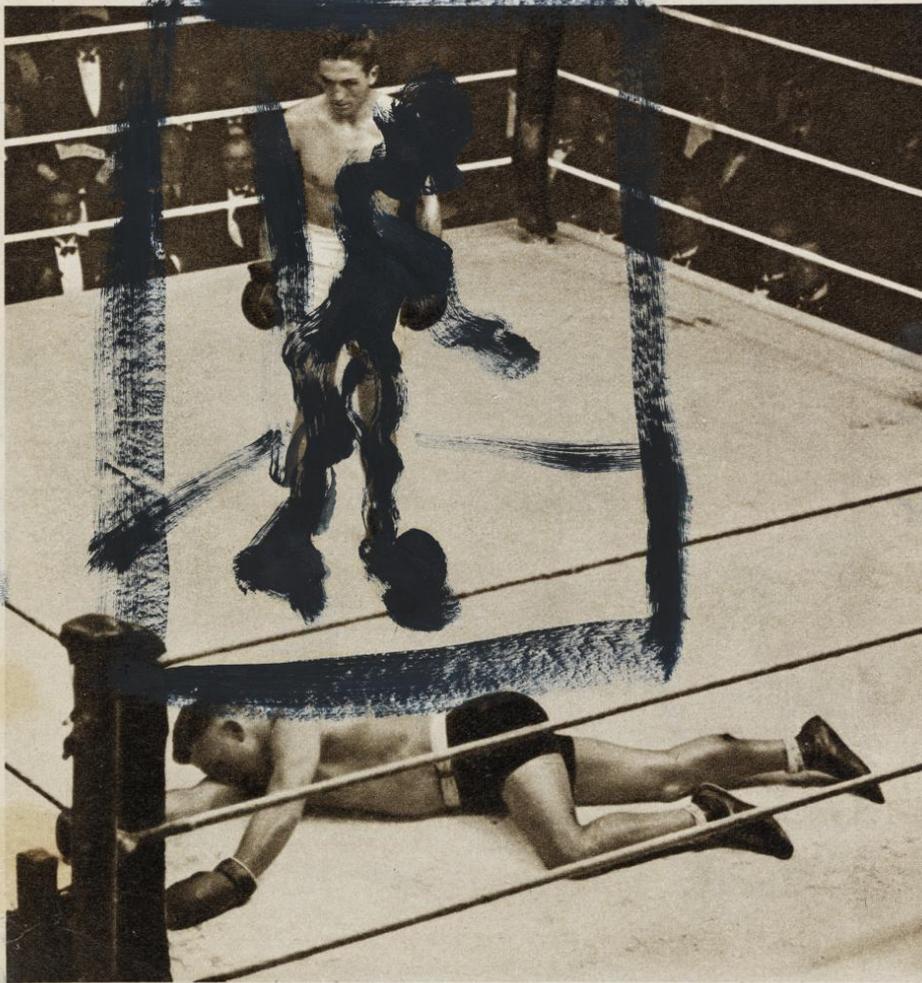


Los boxeadores

Eduardo Arochi Tinajero

CARPENTIER—BOGEYMAN TO HEAVY-WEIGHTS



JOE BECKETT v. GEORGES CARPENTIER

Joe Beckett, British heavy-weight champion, was twice a one-round victim to Georges Carpentier, a great light-heavy-weight, who caused havoc among the heavy-weights of Europe. Their first fight (above) took place at Holborn Stadium, London, on December 4, 1919, the second at Olympia, London, on October 1, 1923—both with the same result. One or two sporting writers started up a controversy in which it was alleged François Descamps, Carpentier's manager, put an hypnotic eye on Beckett. All that really happened was that Georges each time put an hypnotic right on Joe's chin.

Capítulo 1

Los boxeadores

Las casas de apuestas les habían dado a ambos las mismas probabilidades de perder. La arena Smartphone estaba abarrotada, hasta una parvada de gorriones se había abierto paso por entre las ventilas y por toda la maraña de vigas de metal que sostenían el resonante domo metálico se dejaban caer y como halcones peregrinos pasaban zumbando, atravesando el cálido aliento de los inquietos fanáticos, en busca de migajas. La expectativa densificaba el aire y solo el peso de lo que estaba en juego prevenía que la gente comenzara a flotar en la caldera de ansiedad. Aunque se sabía que lo mismo sería apostar por uno o el otro lado de una moneda, la gente agitaba sonoramente sus fajos de billetes por el aire para atraer la atención de los *bookies*.

Donovan Lozano, por ser el retador, fue el primero en ser anunciado y en entrar, brincoteando y ametrallando al aire con sus guantes dorados, a la arena rodeado de su sombrío sequito. En todo el trayecto hasta el ring, no volteó ni por un instante a ver a las, abucheantes e incitantes por igual, caras húmedas que desbordaban los flancos del largo pasillo que lo arrastraba hasta al ring donde disputaría la relevancia de su vida. La armadura de concentración en la que se había envuelto era impenetrable y absolutamente necesaria si quería cumplir su único objetivo: consolidarse como el campeón del peso wélter. Sus seguidores se quedaban con las manos estiradas esperando inútilmente tocar a su ídolo que abismado pasaba de largo esquivando y contratacándo los golpes invisibles, sin embargo hirientes, de sus demonios con jabs, ganchos y uppercuts. Ni cuando una cobarde y anónima mano le arrojó un vaso lleno de cerveza a la cara se inmutó.

Lozano, en toda su carrera, había perdido una sola pelea gracias a una controversial decisión dividida que se rumoraba había sido influenciada por una casa de apuestas controlada por un cártel que utilizaba el lucrativo negocio del box para lavar dinero. Pronto se olvidó de ese lastimoso episodio y se propuso, para no darle cabida a la controversia, acabar con sus rivales por vía del knock-out con su implacable gancho de plomo. Tenía los puños tan pesados que muchas veces sus contrincantes, disfrazando el terror con indignación, se rehusaron a pelear hasta que el réferi desnudara sus manos y comprobara que no había impregnado sus vendas con yeso. Esos aparentemente inofensivos marros que le colgaban de los hombros no solo habían sacado a él y a su familia de la pobreza y del desértico y polvoriento pueblo desértico que lo vio nacer y recibir sus primeros golpes, también habían sido responsables de uno de los momentos más terribles de su vida. Al inicio de su carrera profesional, al poco tiempo de regresar a México con una medalla olímpica de oro, cuando comenzaba a hacer a un lado a sus rivales con aparente facilidad

para afianzarse el título de campeón de peso ligero, la participación de su próximo rival, el ruso Alexei Eisenstein, fue cancelada unas semanas antes de la fecha programada al haber dado positivo en una prueba de dopaje. Al estar todos los boletos de la arena y los lucrativos derechos de transmisión vendidos, la comisión decidió reemplazar, de último momento, a su deshonrado rival con un joven guatemalteco con mucha promesa pero carente de experiencia en los circuitos profesionales, Milton Aceves. El guatemalteco enfrentó el primer y segundo round con valentía mostrando que tenía talento para incomodar a quien fuera que le pusieran en frente. Incluso sorprendió a todos abriéndole la ceja a Lozano con un estrepitoso volado al filo de la campana que concluyera el segundo asalto. El tercer round fue otra cosa, después de un breve intercambio de jabs, Lozano desenjauló su fiero gancho que hasta ese momento había mantenido en cautiverio. La cabeza de Milton sonoramente rebotando como un fruto verde en la lona cimbró a la arena. Como un soplido apaga una vela, los silbidos y aplausos que celebraban la esperada victoria de Lozano se enmudecieron cuando el réferi, sin ocultar su profunda consternación, pálido y con los párpados retraídos, se tiró de rodillas sobre la lona para sostener la cabeza inerte del herido Milton mientras pedía con vehemente alarma el ingreso de los paramédicos al ring. Mientras lo aseguraban a la camilla, Lozano, con el puño derecho aún estremeciéndosele, desde su esquina, cosquilleando los guantes con los labios, le susurraba a Dios por primera vez en mucho tiempo. El murmullo lóbrego del público escoltó fuera de la arena y hasta la ambulancia al joven guatemalteco que en todo el trayecto no dio ninguna señal de vida más que un tenue y paciente pulso. Esa carrera que prometía tanto acabó esa noche. El daño que el gancho de Lozano provocó sobre su cerebro fue irreparable. Milton sobrevivió pero quedó paralizado del cuello hacia abajo y, aunque expresó que Lozano no tenía por qué sentirse culpable, ambos, como boxeadores, sabían los riesgos que sus violentas carreras implicaban, Lozano, devorado por el remordimiento, decidió abandonar los cuadriláteros para siempre. Semanas después visitó a Milton en su desdichado pueblo guatemalteco donde atestiguó la pobreza en que vivía (vio ahí un reflejo de su propio pasado del que los golpes lo habían librado) y a la que lo había condenado con ese infame gancho. Ahí le entregó los millones (y un poco más) que había ganado en esa fatal pelea. Por ese acto de generosidad Lozano se ganó el cariño del público que lo apodó el Santo de Plomo (sus detractores, quienes lo criticaron por haber aceptado pelear contra un jovencito sin experiencia, lo apodaron el Verdugo de Plomo). A insistencia del propio guatemalteco, Lozano, regresó al ring donde siguió abatiendo a quien se le puso en frente.

Del lado opuesto de la arena salió el campeón defensor, el mexicanoamericano Jimmy "El Bateador" (o "The Batter") Pastrana. Ese apodo se lo había merecido su poca ortodoxa forma de pelear que consistía en moler a sus rivales con extraños pero sumamente efectivos golpes con los brazos extendidos de los cuales ninguno de sus rivales había descubierto la forma de defenderse de ellos. Con una tétrica música

de dron que hacía que todo vibrara que él mismo había escogido para intimidar a sus rivales, caminó por el pasillo saludando efusivamente a sus fans con un guante y, con el otro, tomando de la mano a su sublime novia que recibía tanta atención como él por ser la famosísima cantante de Tex-Mex, Valery Mejía. Era tan pelirroja (era más Tex que Mex decían algunos) que le era innecesario a los periódicos gastar en costosas tintas de color porque el fogoso color de su pelo relucía hasta a través de las fotografías en blanco y negro.

Esa mañana Valery había despertado a un lado de Pastrana con la nariz en alto buscando el origen del fétido olor a muerto que sintió había inundado la suite. Pastrana, extrañado, le dijo que él no olía nada. Después de discutir, Valery corrió desconcertada a buscar a su sirvienta para que les confirmara que el olor no era invención de ella. A pesar de que la sirvienta recorrió toda la recámara olfateando como sabueso, tampoco pudo oler nada extraño. Abrumada por el intenso olor, Valery, que era propensa a las supersticiones y al ocultismo, le rogó a su adorado novio que no peleara, le aseguró, con una firmeza que por un breve instante dejó helado al invicto campeón, que ese olor a muerto era un mal augurio. Aunque sumergida en el llanto y arañándole el pecho le suplicó que fingiera una enfermedad o una lesión, no había forma de que Pastrana fuera disuadido de presentarse a la pelea más importante de su carrera, la que lo confirmaría como el mejor boxeador del mundo libra por libra. La desgarradora insistencia de Valery terminó irritando y enfureciendo tanto a Jimmy que le ordenó a uno de sus guardaespaldas, quien obedeció con diligencia, que se la llevara lejos de él aunque fuera arrastrando. No fue hasta unos segundos antes de que fuera anunciado en la arena, que se volvió a encontrar con ella en el pasillo que lo llevaría hasta el ring. Además de que Valery sería la encargada de cantar ambos himnos nacionales, los patrocinadores exigían que en todo momento se mostrara cariñosa con el campeón luciendo tan deslumbrante como acostumbraba ante las golosas cámaras. Cuando Pastrana subió al ring se quitó la bata dejando ver que de un lado del short llevaba la bandera de México, del otro la de Estados Unidos y por detrás la de Texas.

Mientras en el centro del ring el réferi les explicaba las rutinarias reglas del enfrentamiento, ambos, como morsas en celo, abrían ampliamente las bocas para preparar sus mandíbulas para recibir las inminentes embestidas de los puños más poderosos del mundo.

Sonó la campana, tocaron los guantes y, envueltos en el abrumador rugido del instigante público, como seductoras mariposas comenzaron a dar vueltas por el ring con las guardias en alto. Lozano se acercó a Pastrana y tiró unos inocuos jabs que apenas e hirieron al caliente aire que los separaba. Manteniendo su distancia, movían los brazos como las ramas de un árbol seco en un ventarrón. Los silbidos del público para motivar a uno o al otro no tardaron en volverse rechiflas cuando vieron que pasaban los segundos y no se habían siquiera tocado. El réferi agitó

los brazos sobre su cabeza para detener la pelea (o la falta de ella), los acercó uno contra el otro, y les exigió a ambos que pelearan. A pesar del exhorto de su esquina y de todos los presentes, Pastrana se limitó a mecerse sobre sus pies sin desplazarse por el ring mientras inofensivamente sacudía los brazos como si tocara las maracas. Lozano, contrario al feroz ímpetu que acostumbraba a desplegar en el primer round de sus combates, no hacía más que intermitentemente ocultar y mostrar la cara de entre los guantes mientras daba vueltas alrededor de su rival. Los unánimes y zumbantes abucheos del público hicieron vibrar a la arena como si se hubiera transformado en un enjambre hurtado de su miel. El réferi de nuevo detuvo la pelea y volteó desconcertado a ver a los promotores y a ambos entrenadores que, sin entender lo que estaba pasando, negaban con la cabeza anonadados. Una vez más el referí les exigió que pelearan, que para eso todos estaban ahí, a lo que ambos parecieron acceder con las cabezas.

Mientras Lozano daba vueltas como un satélite alrededor del campeón que se había plantado en el medio del ring, todo se enmudeció a su alrededor. A través del espacio de entre sus guantes vio a un pajarito aterrizar sobre la tercera cuerda, cagar una cosita blanca sobre la lona azul y descender sobre el piso frente a la primera fila, tomar una papa frita y alegre salir volando a toda velocidad con el preciado motín colgando de su pico. Trató de seguir su vuelo con la vista, pero el pajarito se perdió detrás de un luminoso anuncio publicitario donde, justo debajo, de entre la muchedumbre, lo arrebató una numinosa mujer de largo pelo negro que lo hizo, por un instante, suspender su movimiento de traslación alrededor de Pastrana. La luz azul del celular iluminaba angelicalmente su hermosa cara, sus suculentos labios y pecho, los grandes anteojos que llevaba puestos magnificaban sus abismales ojos tornasolados que parecían estar asomándose al otro mundo. Cuando un incontrollable deseo de tirarse del ring y correr para disolverse en ella comenzaba a hervir en él, Pastrana dio unos escrupulosos pasos hacia él. Por un momento creyó que iba a desenfundar ese filoso uppercut que ya había aniquilado a tantos, pero, casi de inmediato, Pastrana retrocedió y volvió a echar raíces en el centro del ring. Notó que su acérrimo rival, "el Chicano Maldito" (como también lo llamaban), a pesar de haber sido esculpido a golpes, era hermoso. Le pareció tener frente a él la luminosa estatua de bronce de un héroe griego y se arrepintió de haberse burlado, instigado por los promotores para crear controversia alrededor de la pelea, de su incomprensible acento chicano la noche anterior en la conferencia de prensa previa a la «pelea del siglo».

Como el sol, girando en el centro sobre su propio eje, el campeón Pastrana seguía con la cara, mas no con la mirada porque estaba distraído, al planeta Lozano. Con enorme antojo, veía en la cuarta o quinta fila a un hombre que, contrario a todos a su alrededor quienes parados sobre sus asientos gritaban furiosos cosas incomprensibles, disfrutaba abismado, con una sensualidad epicúrea, de unos nachos

desbordados de salsa y condimentos. Olvidándose del objetivo que por tanto tiempo había ensayado lastimar, se puso a pensar en la sala de su casa, en como el molesto sol a ciertas horas entraba por la ventana y hacía que todo se reflejara en la televisión y no se pudiera ver nada. En su cabeza arrastraba y reconfiguraba los muebles, el tapete mejor aquí, la mesita mejor allá, pero no, el cuadro no se va a ver, los cables no van a alcanzar, cuando despertó en el ring con los ojos apuntando al brumoso público. Alcanzó a ver que no todas las injurias y gritos que súbitamente logró escuchar eran lanzados en la misma dirección. Conmovido, durante varias rotaciones atestiguó la brutal pelea entre una linda pareja de jóvenes. Cada vez que daba un giro completo, era el otro quien había tomado el turno para gritar. Eventualmente, seguramente para llorar, la mujer dejó caer la cabeza y ocultó sus ojos en el piso, así se quedó, inmóvil, exhausta, siendo vapuleada por los gritos de su pareja que procuraba agravarlos con incisivos ademanes. Esta escena que lo dejó sacudido fue interrumpida por el hombre que estaba sentado en la fila frente a ellos que se levantó con la cara enrojecida y estirando los labios hacia él. Equivocadamente pensó que le lanzaba un beso y lo recibió halagado.

El referí se interpuso entre la mirada de Lozano y el patrón arabesco de la alfombra del pasillo que la capturó e hipnotizó. Despertando del trance, Lozano acercó el enfoque de su mirada y vio la deslumbrante luz de las lámparas reflejarse sobre la resplandeciente calva del referí. Por un momento creyó que el sol le hablaba, que por fin la divinidad se dirigía a él, pero, aunque veía su boca moverse impetuosamente, despidiendo luminosas estrellas fugaces de saliva, no podía escuchar ninguna de las palabras que tanto tiempo había esperado escuchar. Aunque agachó la cabeza ante el sol para reverenciarlo, el referí lo interpretó como si asintiera a sus órdenes de pelear, se apartó develando una vez más a Pastrana y con un movimiento que Lozano escuchó cortar el aire, como si hubiera reemplazado sus brazos con espadas, las chocó una contra la otra frente a su estómago para reiniciar la pelea que nunca había iniciado. Pero Pastrana no fue quien atrajo su atención, en la primera fila resaltó Milton Aceves que por fuerza era el único que yacía sentado y que no lanzaba comida y monedas al ring. Una gran sonrisa se dibujó sobre la intacta cara de Lozano exponiéndole a su exrival su húmedo protector bucal. Notó que su sonrisa provocó que en respuesta la cara de Milton temblara como si fútilmente intentara sonreírle de vuelta con la boca que esa fatal noche en El Paso recibiera ese infausto gancho. Unas simples arrugas que se le formaron en los ángulos exteriores de los ojos fueron suficientes para que Lozano supiera que Milton le correspondía la sonrisa.

Ajeno al inminente peligro en el que se encontraba, Pastrana encontró a Valery sentada en la primera fila viéndolo con los ojos inundados. Las brotantes lágrimas caían sobre el triangulo de piel desnuda que el escote de su largo vestido plateado de lentejuelas titilantes formaba. Sacudido por la cruenta batalla entre amantes que había atestiguado, se arrepintió

de no haberse tomado en serio a esa mujer que había demostrado tener una sensibilidad e inteligencia fuera de este mundo que, aparentemente, todos, de ambos lados de la frontera, adoraban menos él. Por primera vez entendió que, si todos los golpes y contusiones que había recibido y dado habían sido para estar con ella, todo habría valido la pena. Flotando sobre Valery, como un ángel luminoso, vio su propia cara reflejada en vivo, con la leyenda de «campeón», en una pantalla gigante. Aunque veía a su imagen a los ojos y trataba con la voluntad de atraer su mirada, su imagen miraba a lo lejos, absorto, de entre las luminosas lágrimas que ahogaban sus ojos, a algo que ya no estaba ahí, como si se hubiera quedado viendo el horizonte hasta mucho después de que el sol se hubiera ocultado y la oscuridad ya impregnara todo. Alguien se acercó a su reflejo y lo abrazó. Los dos cuerpos desnudos se pusieron a bailar lentamente en un abismo azul con radiante ternura. Los gritos y los abucheos se transformaron en sosegantes violines que hacían dar vueltas a los cuerpos que se entrelazaban como caracoles en proceso de formación, hasta que el réferi se interpuso entre los amantes para escindirlos de ese, ante los ojos incrédulos del público, innecesario clinch.

A Lozano, ajeno al romántico baile en el que había participado, quizás por mera coincidencia, también lo absorbió la pareja que había atraído la atención de su contrincante, aunque cuando los vio estaban en el medio de una amarga tregua, sentados en completo silencio con las miradas perdidas, con pensamientos melancólicos y desesperanzados configurándoles las caras a modo. Ni con la guardia en alto pudo defenderse de la tristeza que esos dos desdichados manaban. De repente una preocupación lo abrumó y, dando vueltas alrededor de Pastrana, trataba desesperadamente de recordar si le había llenado el plato de agua a su perro. La idea de que su adorado perrito estuviera muriéndose de sed en la suite del hotel lo atormentaba y lo privaba de lo que tenía en frente.

Pastrana, imperceptiblemente moviendo los labios atiborrados de cicatrices, empezó a cantar susurrando su canción favorita de su amada Valery que, al dar vueltas por el ring, como la luna plateada aparecía por un horizonte de su visión y se ocultaba por el otro. Le cantaba con tanto sentimiento a su novia, que ya había evaporado sus lágrimas y lo veía dar vueltas y vueltas con alegres ojos enamorados, que no se dio cuenta de que Lozano hace mucho ya se había escabullido entre las cuerdas que los aprisionaban para acudir en ayuda de su perrito y, cantando y dando vueltas solo en el centro del ring inundado de cerveza, se quedó.